



Dirección editorial: Elsa Aguiar Coordinación editorial: Xohana Bastida Texto: Thomas C. Brezina (www.thomasbrezina.com) Ilustraciones de cubierta e interiores: Caroline Kintzel Diseño de cubierta: Maximilian Meinzold, Múnich Traducción del alemán: María Teresa Marcos Bermejo

Publicado originalmente en alemán por EGMONT Verlagsgesellschaften mbH, SchneiderBuch, Colonia www.schneiderbuch.de

Título de la edición original: Ein Fall für dich und das Tiger-Team: Die Feuer speiende Maske

- © 2012, EGMONT Verlagsgesellschaften mbH, SchneiderBuch, Colonia
- © Ediciones SM, 2013 Impresores, 2 Urbanización Prado del Espino 28660 Boadilla del Monte (Madrid) www.grupo-sm.com

ATENCIÓN AL CLIENTE

Tel.: 902 121 323 Fax: 902 241 222

e-mail: clientes@grupo-sm.com

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

JUNETE AL EQUIPO TIGRE!

NOMBRE:

PATRICK. FUERTE COMO UN TIGRE.

PUNTOS FUERTES:

ANTES ESTABA RELLENO, PERO HOY TENGO MÚSCULOS. ME GUSTAN EL FÚTBOL Y EL ATLETISMO, Y SIEMPRE ESTOY DISPUESTO A ECHARME UNAS RISAS CUANDO SE PRESENTA LA OCASIÓN.

MAYOR PROBLEMA:

NO SIEMPRE SOY TAN VALIENTE COMO PRETENDO.

ME MOLA:

LOS RECREOS, MI CONEJO BENNY, SALTAR CON PARACAÍDAS, LA PIZZA, EL TÉ HELADO, LOS CHISTES Y LAS BROMAS.

ME SACA DE QUICIO:

LAS TRAMPAS Y LOS PLASTAS.

LEMA:

IA POR ELLOS!



NOMBRE:

BIGGI (EN REALIDAD ES BIRGIT). VELOZ COMO UN TIGRE.

PUNTOS FUERTES:

COLECCIONO DE TODO
Y ME GUSTA TOMAR LA INICIATIVA.
A VECES, LOS CHICOS SON
UNOS PASMADOS (Y NO DIGO MÁS).
TAMBIÉN ME GUSTA
EJERCITAR LA MEMORIA.

MAYOR PROBLEMA:

SEGÚN PATRICK Y LUK, SOY UNA CABEZOTA. ¡PERO TAMBIÉN LO SON LOS RINOCERONTES Y LOS ELEFANTES!

ME MOLA:

LA ROPA, EL HELADO DE AVELLANA, COCINAR COSAS RICAS, LOS CABALLOS, BAILAR, LLEVAR SIEMPRE ALGO DE COMIDA ENCIMA.

ME SACA DE QUICIO:

LOS CHICOS PASMADOS, LOS QUEJICAS, LAS VACACIONES DEMASIADO CORTAS, LOS MAYORES QUE NO ME TOMAN EN SERIO.

LEMA:

ISIN ESFUERZO, PERO CON FUERZA!

NOMBRE:

LUK (EN REALIDAD ES LUKAS). ASTUTO COMO UN TIGRE.

PUNTOS FUERTES:

SOY UN FRIKI DE LOS ORDENADORES Y ME GUSTAN LOS CHISMES TELEDIRIGIDOS. HE CONSTRUIDO UN CERDO VOLADOR Y ME ENCARGO DEL EQUIPAMIENTO

PARA NUESTROS CASOS.

MAYOR PROBLEMA:

IEL CAOS REINA A MI ALREDEDOR!

ME MOLA:

LAS HAMBURGUESAS,
MI TABLETA
(QUE HE RECONVERTIDO
EN UN CACHARRO DEMENCIAL),
MI MALETÍN DE ESPECIALISTA
LLENO DE TRUCOS.

ME SACA DE QUICIO:

LAS DISCUSIONES Y LO LISTILLA
QUE SE PONE BIGGI ('PERO
NO SE LO DIGÁIS A ELLA!').
TAMBIÉN ODIO
QUE MI MADRE ORDENE
MI HABITACIÓN.

LEMA:

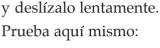
INSISTE HASTA QUE FUNCIONE!

TU FICHA

NOMBRE:	
PUNTOS FUERTES:	
MAYOR PROBLEMA:	
ME MOLA:	
ME SACA DE QUICIO:	
LEMA:	

IMPORTANTE

Encuentra las pistas y resuelve las preguntas del Equipo Tigre. Para comprobar tus respuestas, coloca el descodificador sobre el recuadro gris





A veces, el descodificador también resulta útil para buscar. Cuando veas ilustraciones con



este símbolo, coloca el descodificador de manera que su lado derecho coincida con el del descodificador dibujado y deslízalo hacia abajo. ¿En qué ventana aparece lo que buscas? ¿Y dónde: arriba, abajo o en medio de la ilustración?



Encontrarás un montón de consejos y casos para entrenarte a partir de la página 142.

No olvides apuntarte un tanto por cada respuesta correcta en la ficha del caso (que encontrarás en la página 139).

Y ahora... ¡en marcha!

VIAJE INFERNAL

Los miembros del Equipo Tigre salieron del aeropuerto al día soleado.

De pronto, Patrick abrió los ojos de par en par y señaló un coche largo y negro que estaba aparcando junto al bordillo.

-¡Tíos, eso es un coche funerario!

Biggi tragó saliva.

−¿Y por qué está ahí?

Se abrió la puerta del conductor y apareció un hombre vestido con un uniforme verde oscuro de botones dorados. Se dirigió a los amigos, se llevó la mano a la gorra y preguntó muy educado:

–¿Tengo el honor de hablar con Biggi Borge y con los señores Luk y Patrick?

Los tres retrocedieron un paso, pero enseguida asintieron.



-Me envía el señor Sam Pomkin para que los lleve a su casa.

Los amigos intercambiaron una mirada escéptica. No creían al hombre.

Tras ellos apareció Freddy el Hurón. En realidad, se llamaba Fred Grewe y era reportero del *Morgenpost*.

-¡Cuánta amabilidad! -exclamó el periodista-. Nunca se me hubiese ocurrido que el señor Pomkin fuera a enviarnos un coche. ¡Vamos, vamos, todos adentro!

-Supongo que no nos queda más remedio... -masculló Patrick. El coche funerario le provocaba escalofríos.

Los miembros del Equipo Tigre y el reportero se acomodaron en dos largos asientos traseros que estaban dispuestos en los laterales del coche. El chófer arrancó y se puso en marcha.

Freddy el Hurón parpadeaba, nervioso.

-Dentro de unos minutos podréis estrecharle la mano al famoso actor Sam Pomkin. ¿No es emocionante? -exclamó-. ¡Haré fotos de todo, y dentro de una semana aparecerá en el *Morgenpost* el reportaje de vuestra visita!

Los tres tigres se encontraban allí porque habían participado en un concurso cuyo premio era una visita a Sam Pomkin. El actor vivía en una isla del mar del Norte, cerca de unas antiguas ruinas que se decía que estaban encantadas.

En los meses pasados se habían estrenado varias películas en las que Sam Pomkin hacía de vampiro, de fantasma y de hombre lobo, respectivamente. El artista también cantaba, y su último tema estaba en todas las listas de éxitos. Sam Pomkin era una superestrella, y todos los compañeros de clase de los tigres envidiaban a los tres amigos.

El coche negro enfiló una calle estrecha que serpenteaba colina arriba. Desde arriba se veían los verdes campos a un lado, y al otro, el mar que centelleaba a lo lejos. Tras llegar a la cima, la calle volvía a descender. Patrick fue el primero en advertir que iban cada vez más deprisa.

–¿Por qué no frena este trasto? −preguntó a los demás, sorprendido.

El coche funerario se deslizó por una curva con un chirrido de neumáticos, y los tigres y el reportero salieron despedidos de sus asientos.

Luk se incorporó con esfuerzo y se inclinó hacia delante para dirigirse al chófer. El hombre sujetaba el volante con tanta fuerza que los nudillos se le habían puesto blancos.

-¿Qué ocurre? -inquirió Luk.

−¡Los frenos están... están fallando! −farfulló el chófer enfilando la siguiente curva.

El vehículo se estrelló contra el quitamiedos, rebotó como una pelota de goma y continuó su viaje infernal. -¡Atención, frenada de emergencia! -gritó el conductor mientras arrimaba el lateral del coche a la pared de roca.

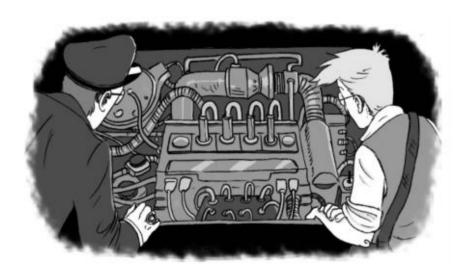
La chapa rechinó contra la piedra con una lluvia de chispas, y las largas ventanillas estallaron. Los tigres y el reportero se agazaparon y se protegieron la cabeza con las manos.

Pero aquella maniobra desesperada no tuvo éxito. El coche funerario siguió cuesta abajo a toda velocidad.

-¡Agárrense! -chilló de nuevo el chófer. Ante ellos había aparecido un camino sin asfaltar que ascendía por una ladera alfombrada de hierba.

El coche funerario enfiló la cuesta y todos notaron cómo aminoraba la marcha. Cuando por fin el vehículo se detuvo, sus ocupantes se quedaron en silencio durante un par de segundos. Una vez repuestos de la impresión, los tigres y Freddy se incorporaron con cuidado. Por suerte, estaban ilesos. El conductor se había bajado del coche y había abierto el capó. Patrick y Luk se acercaron a él.

Biggi soltó un silbido de asombro al contemplar el lado derecho del coche: la chapa se había desgarrado como el papel.



-El caso es que todo parece estar en orden -opinó el chófer tras echar un vistazo al motor.

Luk, sin embargo, no opinaba lo mismo.



ENCERRONA

Biggi se quedó horrorizada cuando los chicos le hablaron de su descubrimiento.

−¡Eso significa que alguien ha querido matarnos! –jadeó.

Patrick asintió. Luk, mientras tanto, había localizado la avería.

-No me extraña que el coche no redujera la marcha: alguien ha agujereado el conducto del líquido de frenos.

Freddy se movía nervioso de un lado a otro, haciendo aspavientos. De pronto se volvió hacia el chófer, lo agarró del uniforme y lo sacudió como si fuera un árbol cargado de fruta madura.

-¡Pero esto es una locura! ¿Cómo ha podido suceder algo así? ¿Es que usted no revisa nunca su coche? –exclamó.

-¡Suélteme ahora mismo! -gruñó el chófer con los dientes apretados.

El reportero reculó.

−¡Pero... pero si acaba de poner en peligro la vida de los chicos y la mía! −balbuceó, indignado.

Sin hacerle caso, el chófer sacó su móvil y llamó a un taller. Al cabo de media hora, aparecieron una grúa y una elegante limusina. El chófer firmó un papel y abrió la puerta trasera del lujoso vehículo.

-Les ruego que suban a este coche para completar el viaje.

Un cuarto de hora más tarde, el grupo llegaba a una colina pelada sobre la que se alzaban unas ruinas. Los muros derruidos recordaban a dientes negros. Detrás, algo más allá, se alzaba una mansión de dos plantas con un imponente tejado oscuro.

El coche se detuvo delante de la puerta de entrada.

-Ya hemos llegado -aclaró el chófer.

Biggi respiró hondo para controlar los nervios. Solo de pensar que iba a estrecharle la mano al famoso Sam Pomkin se le aceleraba el corazón.

El conductor abrió la puerta de la casa y los condujo por un largo corredor hasta llegar a un cuarto de estar. Patrick señaló los asientos sin decir una palabra: estaban confeccionados con huesos gigantescos y recubiertos de pieles.

-Enseguida vendrá el señor -anunció el chófer.

Freddy el Hurón sacó su cámara a toda prisa.

Pasó un buen rato sin que llegara nadie. Al fin, alguien apareció en la puerta: el famoso



Sam Pomkin había hecho esperar casi media hora a sus invitados.

 –Al natural resulta igual de espeluznante que en sus películas –murmuró Luk.

El actor iba ataviado con una capa negra forrada de seda rojo sangre, grandes gafas de sol y un sombrero de ala ancha. Caminaba apoyándose en un fino bastón cuyo mango tenía forma de calavera.

Bienvenidos... –graznó con voz afónica–.Por desgracia estoy acatarrado, y el médico

me ha recomendado guardar cama. Como sabéis, dentro de unos días empezaré el rodaje de mi nueva película, *El hotel de Drácula*. Yo mismo haré el papel de príncipe de las tinieblas.

Biggi entrecerró los ojos y frunció el ceño.

-Este no es Sam Pomkin. ¡Nos están engañando!

Sorprendidos, sus amigos se volvieron a mirarla.



RUIDOS EXTRAÑOS

−¿A qué viene esto? −dijo Freddy, exasperado.

Estaba tan indignado por el hallazgo de Biggi que le arrancó el sombrero de la cabeza al falso actor. Al hacerlo, también cayeron al suelo las gafas de sol y una peluca. El asustado rostro del chófer quedó al descubierto.

-¡Exijo una explicación! –bramó el reportero–. ¿Cree usted que hemos hecho un viaje tan largo para que nos tomen el pelo? ¿Dónde está el señor Pomkin?

El chófer se apresuró a recoger el sombrero, las gafas y la peluca, se dio media vuelta y se fue sin decir una palabra.

-Esto me parece mucho más siniestro que todas las películas de Sam Pomkin juntas
-murmuró Patrick cerrándose la cremallera de la chaqueta. En la casa reinaba un silencio sepulcral. No se oían voces, pasos ni ruidos de puertas. Biggi se dejó caer sobre uno de los sillones, pero enseguida volvió a levantarse de un salto: ¡los brazos habían tratado de agarrarla!

-Tranquila, solo se trata de un mecanismo-la tranquilizó Luk.

−¡Como no aparezca pronto Sam Pomkin, se va a enterar de quién soy yo! –se indignó Freddy.

De pronto, en el piso de arriba se oyó un portazo seguido de un ruido seco. Casi de inmediato sonó un segundo portazo, y luego otro, y otro más. Asustados, los tigres se levantaron de un salto. Biggi se precipitó al pasillo y llamó a gritos al chófer, pero este no respondió.

-¡Eoooo! ¿Quién anda ahí? -gritaron Luk y Patrick por el tiro de las escaleras. No obtuvieron respuesta. Todo había vuelto a quedar en silencio.

-Tenemos... Tenemos que echar un vistazo -dijo Luk dando saltitos de nerviosismo-. Hay algo que no va bien.

Patrick resopló para desechar la idea, pero Biggi inspiró hondo y se puso en mar-





cha sin más. Los chicos la siguieron, algo avergonzados.

En el primer piso había un largo corredor flanqueado de puertas. Todas estaban entreabiertas.

Los tres tigres fueron asomándose a las habitaciones.



Por todas partes reinaba el caos. Los modernos muebles de madera clara, cristal y metal estaban tirados por los suelos.

 -Parece que hubiese entrado un ladrón para buscar algo
 -sugirió Luk. -¿Os habéis fijado en que hay algo que se repite en todas las habitaciones? -preguntó Patrick.



CAJAS SORPRESA

−¡Hola! ¿Hay alguien ahí? –gritó Luk.

El silencio de la casa pareció tragarse su voz. Patrick tragó saliva.

-Yo diría que estamos solos...

–¡Pero si el señor Pomkin sabía que veníamos! −exclamó Biggi atónita−. ¿A qué viene esto?

Luk entró con cautela en una de las habitaciones. Había una estantería caída, y por el suelo se esparcían fundas de cedés. De otro estante habían caído todos los libros. El chico se agachó y recogió un pesado muelle de acero en cuyo extremo había una bola de metal.

- −¿Qué es eso? −inquirió Biggi desde la puerta.
 - -Tengo una corazonada... -contestó Luk.

Agarró la cajita de madera que estaba entre los cedés y trató de meter a presión el muelle, pero el alambre era muy grueso. Luk pidió ayuda a Patrick. Entre los dos consiguieron introducir el muelle en la caja y cerrar la tapa, que encajó con un chasquido.



- -Es como una de esas cajas sorpresa de las que sale un monigote al abrirlas, ¿no?-dijo Luk, pensativo.
- -Pero este trasto no es ningún juguete. ¡La bola podría herir a alguien! -protestó Biggi.
- -¡Ya sé qué eran los ruidos de antes! -exclamó Luk-. Las cajitas se han abierto una tras otra y los muelles han saltado. Y, naturalmente, las bolas han hecho mucho ruido.
- -Pero no puede haber sido eso lo que ha desordenado las habitaciones, ¿no crees? -intervino Biggi, y mordió con ganas una de sus queridas barritas de avellana.
- -Efectivamente -repuso Luk-. Y, lo que es más importante: ¿quién se ha dedicado a abrir las cajitas?
- -¿A qué viene esto? ¿Qué hacéis vosotros aquí? –exclamó una voz severa desde el pasillo.

Los tigres se volvieron, sobresaltados. Tras ellos se encontraba el famoso Sam Pomkin.

Su tupido pelo negro estaba desgreñado, y en su cara pálida destacaban unas profundas ojeras. Iba vestido con un traje gris, pero sudaba como si hubiese corrido.

-Esto... Nosotros... Bueno, la verdad es que todo esto es muy curioso -farfulló Biggi.

Freddy apareció como una exhalación por las escaleras.

-¿Cómo se atreve a mandar un impostor para que reciba a sus fans? -dijo levantando el índice con aire amenazante-. ¡Soy periodista y pienso airear este escándalo!

El actor adoptó de inmediato un tono amable.

-No, por favor, no haga eso -repuso en tono casi suplicante-. Lo siento, puedo explicárselo todo. Yo... voy a tomar una ducha rápida y luego me encontraré con todos ustedes abajo, en la sala de los espíritus.

El actor empujó al Equipo Tigre y al reportero hacia la escalera. Los cuatro bajaron, sacudiendo la cabeza con incredulidad, y tomaron asiento en los sillones de huesos. Esta vez no se asustaron cuando los muebles se movieron y gimieron: tan solo se trataba de un truco barato.

Las ventanas de la habitación tenían vidrieras de colores que representaban a Sam Pomkin en sus papeles más horripilantes. Solo se divisaba el exterior por algunos fragmentos de cristal incoloro. Biggi se acercó a uno para echar un vistazo y vio que el chófer caminaba encorvado por el césped, como

si buscara algo. La muchacha acercó la oreja al cristal y oyó que el sujeto llamaba en voz baja al señor Pomkin.

Luk, mientras tanto, seguía reflexionando acerca de las cajas sorpresa. ¿Cómo las habrían abierto? ¿Con un temporizador, quizá? ¿O con un mando a distancia? Aunque también podría haber alguien escondido allá



¡CUIDADO, LADRONES!

–Me gustaría comprobar si estoy en lo cierto–murmuró Luk poniéndose en pie.

En ese momento, Sam Pomkin entró en la estancia. Tenía el pelo mojado y se había cambiado; ahora llevaba vaqueros y un jersey blanco.

-Desgraciadamente, no dispongo de mucho tiempo. Debo marcharme enseguida -dijo sin más-. ¡Tengo una cita muy urgente!

Freddy se levantó de inmediato, enfurecido otra vez.

-¡Escúcheme bien! Cuando establecimos las condiciones del premio, se comprometió a responder a todas las preguntas que quisieran hacerle los ganadores. ¡Incluso prometió enseñarles un lugar especialmente siniestro y comer con ellos!

Biggi escrutó al actor: parecía inquieto y asustado.

-¡Alto! ¡Esto es propiedad privada! ¡Lárguese de inmediato! -gritó el chófer desde fuera.

El señor Pomkin se levantó de un salto, se lanzó hacia la puerta de entrada, la abrió de golpe y exclamó:

−¿Qué ocurre, Elliot?

Los miembros del Equipo Tigre, que habían seguido a Pomkin, lo presenciaban todo a su espalda. Elliot, el chófer, seguía ataviado con el disfraz de antes.

-Alguien, creo que un hombre, se ha acercado corriendo a la casa. Llevaba unos pantalones a cuadros –informó Elliot sin aliento–. Ha... ha trepado por la enredadera de la fachada y ha entrado por una ventana abierta.

El señor Pomkin cerró la puerta y se dirigió despacio a las escaleras. Biggi y Luk lo

siguieron, mientras Patrick se quedaba en la entrada.

Se oyó un ruido proveniente del primer piso y luego sonó un tintineo de cristal roto.

-Un ladrón -murmuró el actor, horrorizado-. Voy a llamar ahora mismo a la policía.

Luk sacudió la cabeza con escepticismo.

-¿Un ladrón a plena luz del día? Además, tiene que haber escuchado los gritos de Elliot...

-¡Chissst! -Biggi agitó la mano para indicar a todos que se callaran.

Arriba reinaba de nuevo el silencio.

-¡Aaaah! -gritó de pronto Patrick: la puerta de la casa se había abierto bruscamente y le había dado de lleno en la espalda.

Una mujer entró en el vestíbulo y frunció el ceño.

-¿Qué pasa aquí? -depositó en el suelo varias bolsas y miró interrogante al señor Pomkin.

- -¡Un... un ladrón! -balbuceó él.
- -No me lo creo -repuso la mujer mientras enfilaba las escaleras con decisión.

Los tigres escucharon cómo sus pisadas hacían crujir la tarima de la primera planta.

-¡Aquí no hay nadie! -gritó la mujer al fin.

Ya no había quien sujetase al Equipo Tigre: los tres se precipitaron al piso de arriba y echaron un vistazo a su alrededor.

Al final del largo pasillo había una ventana abierta. Una huella embarrada conducía de allí a la puerta de una habitación. Biggi abrió la puerta con el pie y retrocedió de un salto.

Era una de las estancias en las que habían mirado antes. Del ladrón no había ni rastro.

-Se ha marchado ya -dijo Luk señalando al suelo, donde se veía una segunda huella que volvía hacia la ventana.

